

# La maleta

Ana García Bergua

*En este cuento pleno de humor e ironía, Ana García Bergua —autora de El umbral, Isla de bobos y La confianza en los extraños— contrasta dos formas del mal: el meticuloso orden del universo femenino y la caótica y desordenada personalidad masculina.*

Subió por el elevador del hotel seguida de un botón silencioso de uniforme azul. Al llegar al pasillo del octavo piso, el botón se adelantó, abrió la habitación 812 y colocó sobre la cama la maleta negra que creía haber empacado con un orden perfecto y recogido más tarde en la cinta del aeropuerto. Ya sola, lo primero que hizo fue lavarse las manos y disponerse a alinear por tamaño sus frascos de cremas, jabones y perfumes en el tocador.

El zíper de la maleta se atoraba ligeramente, cosa que nunca le había sucedido. No se vaya a romper, pensó, y cómo me regreso con la maleta abierta. Pero lo que siguió fue lo más grave, pues al levantar la cubierta apareció frente a sus ojos un pijama a cuadros rojos y negros que evidentemente no era suyo: ella era una mujer florida y delicada, incapaz de semejantes parquedades. Además, estaba muy mal doblado. Lo lógico era volver a llamar al botón, pedirle que bajara la maleta, regresar con ella al aeropuerto y exigir la suya, pues evidentemente se había confundido con la de alguien más, un caballero por lo que se podía ver.

Pero ella era curiosa.

Quizá, se disculpó a sí misma, en la maleta podría encontrar alguna identificación. Mejor contactar directamente al hombre que, seguro, se habría llevado su propia maleta por equivocación y ahora descubriría, atónito, el perfume Chanson Parisienne en lugar de, por ejemplo, aquella sudadera arrugada con la imagen de un gigantesco Tribilín que necesitaba muchos remiendos. Es increíble, pensó, que la gente pueda ser tan descuidada. Y evocó el compartimento de la maleta en el que ella ha-

bía guardado, primorosamente doblada y por orden de color —blanca, negra, beige y roja—, su ropa interior, protegida por una bolsa de seda. En el mismo sitio, el dueño de la maleta había lanzado como queriendo olvidarlos para siempre unos cuantos calzones de supermercado con el elástico vencido. Unas chanclas de hule que habían sido azules se perdían entre las camisas y un saco envuelto en una funda de lona con unas manchas muy sospechosas parecía suplicar que no lo sacaran de ahí jamás, para que nadie lo viera.

Ella movía la cabeza, apesadumbrada. ¡Qué contraste con el vestido gris perla que había traído para usar esa misma noche, planchado y empacado especialmente en papel de seda! Y sus zapatos, en una caja especial, protegidos para que no se mancharan. Los de aquel hombre estaban casi enlodados, metidos al aventón en una bolsa de supermercado.

No se pudo contener y siguió con la revisión. Hizo mal, pues lo que encontró le dio escalofríos. En un rincón del lado izquierdo de la maleta, malenvuelta en una camiseta sucia —que por cierto decía “Dark Devil”—, había una vieja Smith and Wesson 38. La levantó con la punta de los dedos y miró el cañón con espanto. Entonces sintió un resquemor: si en este momento el hombre estaba hurgando en sus pertenencias y desacomodando lo que tanta paciencia y trabajo le costó disponer, no tardaría en encontrar la Lady Beretta 21, plateada y discreta con cache de carey —seguramente más letal que aquel armatoste oxidado—, en su elegante estuche de piel de cabra, que contenía además compartimentos para las balas, los líquidos especiales con que la limpiaba y las



herramientas para remediar cualquier desperfecto. Si se atrevía a usarla, era seguro que la descompondría.

Lanzó al piso las prendas del hombre con gran disgusto. No quería llegar a los enseres de aseo personal, pero ya que estaba en eso, había que ver el fondo de las cosas, terminarse de espantar.

Y luego devolvería la maleta.

Un desodorante, una lata de espuma de afeitar mal tapada con una navaja casi sin filo. Eso era todo lo que usaba aquel hombre para arreglarse. Debía ser terrible estar con él; seguramente no haría sino ver televisión, comer comida chatarra y matar por dinero. No como Arístides Medrano, alias el Cara de Niño. Arístides Medrano usaba todo tipo de colonias y afeites, incluida una crema para disimular las patas de gallo. Lo tuvo que investigar, pues debía matarlo esa noche con la Lady Beretta escondida en el bolsito de seda y cuentas de cristales de Swarovski. Con el arma de aquel hombre iba a ser imposible acabar con él; no tenía el bolsito, y en su bolsa de viaje no cabía ni de chiste. Además no traía silenciador.

El hombre de la maleta le dio lástima. Un desperdicio de carne y sangre y testosterona. Terminó de sacar cuatro pares de calcetines de distinto color, unas aspirinas sin caja, el cepillo de dientes como para tirar a la basura. La maleta del hombre quedó vacía en medio de la cama. Faltaban unas horas para la noche y no sabía qué hacer; el ruido sordo del aire acondicionado no la dejaba pensar. Suspiró y se puso a guardar las cosas del hombre con el cuidado que la caracterizaba en todo: dobló las camisetas hasta que quedaron como si se fueran a vender en una tienda. Desmanchó con jabón la lona que contenía el saco, al que planchó y cepilló en el burro

que encontró en el armario. Dobló los calzones. Lavó la pijama y la secó con la pistola de pelo. Pulió la Smith and Wesson para envolverla después con cuidado en la camiseta de "Dark Devil", a la que le rascó una mancha. Frotó los zapatos con la franela que el hotel proporcionaba para ello. Remendó la sudadera con el paquetito de hilo y agujas que venía en una canasta en el baño. Después de todo, era un placer estar en un establecimiento tan bueno, en el que uno se las podía arreglar aunque hubiera perdido el equipaje. Decidió con gran cuidado el acomodo ideal de todos los objetos en el microcosmos de la maleta negra, como había hecho con la suya.

Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Se le había ido el santo al cielo doblando, guardando y planchando. Ni siquiera pensó en el asesinato planeado con tantísimo tiempo, incluidos los documentos falsos. Era de noche y ella no tenía ropa, maleta, ni una pistola apropiada para asesinar a Arístides Medrano.

Imposible, por otra parte, devolver así la maleta. El hombre se daría cuenta de que había estado hurgando en sus cosas, podría acusarla de haberlo espiado. Cuando uno recibe una maleta ajena, simplemente constata que no le pertenece y la devuelve. ¿Sería capaz de desarmarla de nuevo? Imposible, se dijo. Después pensó en sus pertenencias, en su propia maleta mancillada y estrujada por las manos de aquel hombre que seguramente las había aventado por aquí y por allá. Quizá se había bebido su colonia, quizá se había masturbado con sus pantaletas de seda.

Poco después tocaron a la puerta. Unos golpes rudos, desacompasados. Seguro era él. Tomó la maleta y fue a abrir. Tal como lo imaginó era alto, fuerte, la mandíbula malrasurada. Vestía una camiseta con la efigie de Sam Bigotes y cargaba su maleta con la mano izquierda. Ella se le quedó mirando sin pestañear, él dudó un momento. Ambos dieron un paso al frente y las intercambiaron con solemnidad, un poco avergonzados de haber hurgado en la maleta del otro y haberla arreglado o desarreglado, como si hubieran intimado más de lo necesario. No dijeron nada, sólo asintieron bajando la vista y siseando las gracias. Él se alejó por el pasillo, volteó a verla furtivamente antes de meterse a su habitación. Ella dudó antes de abrir la maleta y encontrar lo que ya imaginaba: la ropa en desorden, arrugada, un zapato por un lado y el par quién sabe dónde. El hombre había sacado todo, había desdoblado cada prenda y la había echado de nuevo en la maleta al aventón. Seguramente la había juzgado, prenda tras prenda, igual que ella a él. Faltaban unas pantaletas negras, pero la Lady Beretta estaba ahí, en su estuche, como si él no se hubiera molestado en estudiarla. Quizá la había considerado ridícula. Eso la irritó un poco. Se apresuró a doblar todo de nuevo y corrió a cumplir su encomienda. Arístides Medrano murió esa misma noche. **U**